



Mitos que conspiran contra la libertad en Venezuela A propósito del libro de Carlos J. Rangel

ASDRÚBAL AGUIAR ARANGUREN
(Académico correspondiente en Venezuela)
asdrubalaguiar@yahoo.es

RESUMEN

Antes que una reseña del libro de Carlos J. Rangel, *Mitos de nuestra humanidad* (2024) el artículo propone revisar los mitos que frenan la cultura de la libertad en Venezuela. Rangel lo hace partiendo de la mitología clásica, para hacerles entender a sus lectores los porqués de la tragedia, supuestamente insoluble, que hace presa de los venezolanos. Aguiar evoca los mitos de Sísifo y El Dorado como al Cesarismo Democrático. Y junto a Rangel, mirando sobre el aguafuerte goyesco *El sueño de la razón*, ambos llegan al punto crucial de lo perdido: La Pepa, la Constitución de Cádiz de 1812.

PALABRAS CLAVE: Cesarismo / Francisco de Miranda / La Pepa / democracia / liberal / alma / espíritu / El dorado / Cádiz 1812 / Goya / Mitología / Mitos.

ABSTRACT

Before a review of Carlos J. Rangel's book, *Myths of Our Humanity* (2024), the article proposes to review the myths that hold back the culture of freedom in Venezuela. Rangel does so based on classical mythology, to make his readers understand the reasons for the supposedly insoluble tragedy that has gripped Venezuelans. Aguiar evokes the myths of Sisyphus and El Dorado as well as Democratic Caesarism. And together with Rangel, looking at the Goyaesque etching *The Dream of Reason*, both reach the crucial point of what was lost: La Pepa, the Constitution of Cádiz of 1812.

KEY WORDS: Democratic Caesarism / Francisco de Miranda / La Pepa / democracy / liberal / soul / spirit / El dorado / Cádiz 1812 / Goya / Mythology / Myths.

Carlos J. Rangel, escritor comprometido con la defensa de la democracia liberal nos regala su reciente título: *Mitos de nuestra humanidad* (2024), subtitulándole «Relatos de siempre para hoy».

A partir de la mitología clásica, disponiendo de algunos de sus íconos, borda tapices varios en apariencia inconexos – sobre la tiranía, la belleza, el monstruo, la pureza, entre otros – para llevar de la mano a sus lectores e invitarlos a una tarea de reflexión a profundidad, de auténtica racionalidad. Al término, es su propósito explicarnos el por qué o los muchos porqués de la tragedia, supuestamente insoluble, que hace presa de nosotros, los venezolanos.

La tragedia nos la vuelve drama al sugerirnos alternativas para un desenlace bienhechor, rebobinando nuestros traspies y devolviéndonos a las fuentes de las que venimos. Opone, socráticamente, las distintas y opuestas versiones de lo que somos. Abre y cierra nuestra caja de Pandora.

“Levanta la tapa lentamente, mira dentro, y descubre que no todo está perdido. Puede superar el momento, esta tiniebla. Recupera su voluntad de vivir, restaura su voluntad de actuar, su voluntad de ser y de enfrentarse al reto diario de la vida. Sabe ahora que cada día siempre tendrá un mañana y se anima con esa creencia casi irracional de que todo saldrá bien: la esperanza”, reza su texto.

¿Y es que la esperanza – me pregunto y parece sugerirlo el autor – sería como *El sueño de la razón* que produce monstruos, tal como nos lo presenta el aguafuerte de Francisco de Goya?

Tras cada trazo suyo o a la inversa Rangel suma una obra de arte que toma en préstamo para que sirva como metáfora de sus consideraciones. Me hace recordar el libro que releo con fruición, *México, la nación doliente* (Ciudad de México, 2024), cuyo particular subtítulo habla de Imágenes profanas para una historia sagrada.

“Somos una memoria en imágenes”, dice su autor, el hispanista Tomás Pérez Vejo.

Pero si este nos deja una historia hilada Carlos nos inserta en un laberinto, a la manera de Dante y con sus círculos, a través de imágenes – aquí si vale el testimonio de Pérez Vejo – “como hilo conductor para desentrañar” la trama.

Nos empuja para que desgranemos sus reflexiones y luego las juntemos como rompecabezas, dibujándonos el tránsito desde el infierno hasta el empíreo. Y me hace sentido, escrutando el texto que nos ocupa, la idea de “El telar de la desmemoria y la metáfora del bordado” (Madrid, 2017) que nos presenta la socióloga salmantina María Martínez Vérez en ensayo alalimón:

“Como en la trama de la vida, los hilos que se tejen juntos posibilitan el vínculo y la permanencia a una historia común a la que arraigarse en el tejido del Ser, enhebrando nombres, pensamientos, emociones y sucesos que nos definen en relación con Otro y en la alteridad”, nos dice.

Los venezolanos, he aquí la cuestión, le pusimos rostro y nombres, léase, un final, al mal absoluto – conjuramos su terror difuso – el 28 de julio de 2024, cuando, tras la experiencia de 2023 nos decidimos a tejer juntos, sobre el regazo de una madre ductora, a la nación. Lo estamos haciendo, con los hilos de la esperanza, el ¡volver a la patria! Pero los mitos, una y otra vez, pasado el instante,

buscan frenarnos, devolvernos al tiempo en el que si acaso creíamos existir, lo era dentro de los odres de los cuarteles o de los partidos.



Mitos de nuestra humanidad

Carlos J. Rangel

Santa Clara (E.E.U.U.) Relatos de Tierra firme, 2024

274 páginas. ISBN 9798991567718

“Las promesas de la democracia liberal son invariablemente rotas bajo un régimen populista, lo cual conducirá al autoritarismo. No importa si el régimen se tilda de derecha o de izquierda: la igualdad de oportunidad y de amparo ante la ley están condenadas a desaparecer y la injusticia a prevalecer. Tanto en la política como en la vida, surgirán monstruos de la dicotomía razón/emoción cuando duerma la razón”, leo en el libro de Carlos.

En tesis que comparto con el grande amigo y mi cotidiano contertulio José Rodríguez Iturbe – autor del libro de filosofía y ciencia política *El sueño de la razón* (Caracas, 2024) – “la razón onírica, la del sueño del aguafuerte goyesco, está siempre en tangente con la terca realidad de lo humano, que siempre la contradice, en un empeño reiterado de esperar rectificaciones. Cuando el sueño de la

razón pretende la creación o recreación de la realidad, no lo logra; y, a menudo, produce monstruos. Porque la razón no está para crear o recrear realidades, sino para conocer, comprender y proyectar perfectamente la realidad misma”.

Una exégesis armoniosa entre lo que afirma Carlos J. Rangel y bien refiere el muy querido Pepe, nos dice que la dicotomía entre la razón y la emoción no existe. Ambas forman la esencia del ser. Tanto e igual ocurre en el mundo de lo real que opone el calor al frío o la oscuridad a la luz. La escolástica, al cabo, nos enseña sobre la existencia de los particulares, concreciones que encuentran su síntesis conceptual y no su antítesis con los universales. O ¿nos olvidamos que Jules Habermas y Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, resolvieron sobre sus aparentes antagonismos que pensaban irresolubles?

“Surgen elementos de una moral que excede a la formalidad, que exige comprometerse con sinceridad al diálogo intersubjetivo y asumir obligaciones que implican la aceptación de las conclusiones que integren al consenso”, explica al efecto Eduardo Martín Quintana en su ensayo “Razón y fe: diálogo entre Habermas y Ratzinger” (Buenos Aires, 2005).

Carlos lo aclara en su viñeta Pureza, al insistir que revivir – léase, con miras a lo vivido – es hacer aflorar juntamente con la razón la emoción de la empatía y conexión humanas. “El Conde, en el primer mensaje para Mina expone «el propósito de mi mente» y en el segundo se abre hacer de «el propósito de mi corazón». Mas nos advierte – en misiva que me dirige y agradezco - que lo veraz es que la emoción política está arrasando con la razón, fuente del orden liberal, tanto en el ayer como en el ahora.

Prefiero, incluso así, su otra clave, la que arguye y abjura de los extremismos. En nota de pie de página critica razonablemente al socialismo como al capitalismo salvajes. ¡Y es que la vida es un continuo controversial entre el bien y la maldad, entre el egoísmo sin espíritu y laa masa de lo inhumano, sin cuyos extremos mal podríamos discernir después de conocer!

Obviamente, y aquí acompaño a Carlos J. Rangel y su prevención, si la razón duerme y queda en soledad la emoción, surgirán los monstruos. Tanto como la plenitud de la razón, divorciada del hacer o sobre el cómo hemos de actuar sobre la realidad de nuestras propias existencias, nos desviaría hacia los dogmas profanos y su inquisición, otro monstruo no menos peligroso. De tal modo nos alejaríamos del vector que relaciona a los planos citados, a saber, la inteligencia, apagándola.

Los seres humanos, en suma, somos una caja de sentidos, que encierra alma y espíritu. El alma nos da entidad y talante, es nuestra esencia. Une lo material con lo inmaterial dentro de nuestro cosmos personal; en tanto que el espíritu, para quienes somos creyentes, nos trasvasa, sobrepasa a la citada ciudad del hombre, la de Agustín de Hipona, para situarnos sobre el camino de la esperanza y en la antesala de la ciudad de Dios.

Se trata de una dinámica que, en verdad, deja de lado a los extremos. Creo, en esto, abusando y dándome licencia para ello, interpretar la raíz del pensamiento de Rangel, pues nos aleja a la vez del mundo neutro, obra de los sincretismos de laboratorio o que buscan integrar aporías,

democracia/autocracia, como la que plantean en 2022, en vísperas de la guerra contra Ucrania, rusos y chinos, al pedirle a Occidente que acepten la posibilidad de avanzar hacia la dictadura por los caminos electorales. Pero me refiero, propiamente y al mencionar a los sincretismos, a esa suerte de limbo que ocupan personajes que, por tener el alma muerta se hacen indiferentes al cosmos existencial que les rodea, para que no les afecte. Prefieren acompañar al mal radical, justificándose, para sobrevivir, creyendo ayudarlo en su improbable enmienda. Son los normalizadores, que así les llaman en Venezuela.

Irrespetaría a quienes serán los lectores del libro de Rangel, que hurgue sobre el trayecto integral de sus páginas-tapices. Cada mito posee peso propio, pero puede hilarse de conjunto y cada lector puede tejer a su modo – obviando la razón onírica, lo que tampoco es fácil – hasta forjarse su relato y dar con un universal o concepto que le descubra a la experiencia de la democracia liberal. Es esa la finalidad de la obra. Mas como el autor y quien les habla somos venezolanos, como punto de anclaje para una reflexión más amplia, me referiré a los mitos que no son propios y obstaculizan nuestra natural vocación a la resiliencia.

Los venezolanos somos hijos no solo de la emoción que priva sobre nuestra razón sino de repetidos sueños oníricos, forjadores de monstruos en cadena. Son los que hoy nos mantienen bajo secuestro, no sólo ahora sino desde hace dos largas centurias con sus intersticios de civilidad. No me refiero, por lo visto, sólo al «Mito Bolivariano», resurrecto a partir de 1999.

En mi penúltimo libro, Venezuela: En la antesala de la historia (Miami, 2024), al escribir sobre nuestra conciencia de crecer y de ser, siguiendo a don Mariano Picón Salas afirmo que para entender a la nación de la que hacemos parte tenemos a mano dos imágenes o metáforas que explican nuestro actual desenlace. También prometen una salida.

La tragedia, sin opciones a la vista, la de la deconstrucción de la república que al cabo nos ha pulverizado como sociedad, decantando en la presencia del mal radical y que lleva algo más de 30 años, a partir de 1989 —no nos olvidemos de El Caracazo— como en el «Mito de Sísifo» nos devuelve a la hora germinal, al constante y vicioso recomienzo.

Las gentes, divorciadas de la república y víctimas de la orfandad política, se reencuentran como debieron hacerlo en el pasado, para atajar a nuestra diáspora, haciendo cesar el ostracismo. Comenzamos a entender que es llegada la hora de encuadernar al país, tal como se lo intentó en 1830 cuando se nos descuaderna tras el sueño de la Independencia y a raíz de su guerra fratricida.

Es la misma circunstancia que se nos repite con la Guerra Federal, en igual procura de una libertad que era imaginaria, mero recurso literario de los políticos para sus tribunas y que tampoco alcanzamos, hasta llegado el período de la democracia civil, entre 1958 y 1998; esa que mal pudimos consolidar las generaciones de finales del siglo, reformándola a tiempo.

Vivimos, ciertamente, un momento agonal e inédito, de forja de nación en su sentido liminar. Nos ata un limen de dolor y de firme esperanza, como en un parto, el de la vuelta a la patria, repito; no sin momentos decaimiento y escepticismo ante todo y frente a todos, por lo largo de la travesía hacia el alumbramiento.

La cuestión es que no cesa entre nosotros y vuelve a amenazarnos, tras los hitos del 28 de julio de 2023 y el 10 de enero de 2024, ese complejo adánico que no nos es raizal, que lo hemos adquirido a lo largo de una historia de volantazos y lances, de agiotismo político. En cada tramo, siempre nos jugamos a los dados el único activo que nos es propio, a saber, que nacimos y estamos acostumbrados a vivir en libertad, pero disoluta, admitámoslo.

En su obra memorable sobre Nueva Andalucía: Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del río Orinoco (Madrid, 1779), cuenta el Padre Antonio Caulín, que entre la miríada de naciones originarias que poblaban esa parte de Venezuela y usaban lenguas distintas, segregadas unas de otras por lo que “recíprocamente se invaden y aniquilan unas a otras”, en la crianza de sus hijos [nuestros indígenas] “son demasíadamente compasivos; rara vez los castigan por el temor de que no se les mueran. De aquí nace el criarse demasíadamente ‘libertosos’, y andar a su albedrío”, refiere el misionero franciscano.

Fue nuestro anhelo pasado, es nuestra aspiración de futuro, la libertad a secas y como debe ser, a pesar de que el presente nos la niegue. Mas no olvidemos, aprendiendo de la experiencia, que igualmente nos la negó El Libertador desde Cartagena de Indias, con su crítica de 1812 al modelo liberal fundacional que nos dimos los venezolanos en 1811:

Nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano [...] Yo soy de sentir – escribe Simón Bolívar – que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas [...] Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros; porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos que todo lo convierten en facción [...] Lo que ponía el gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. («Manifiesto de Cartagena»).

Esas son sus palabras. Es ese y no otro su credo político, al que le da fuerza constituyente. Lo retomamos en Venezuela en 1999. Mediante el voto nos labramos, democráticamente, el camino hacia la dictadura vitalicia. Ese credo lo impone Bolívar para no sostener en pie a nuestra república primeriza auténticamente liberal, racional, reformista, de antiguo linaje hispano, y hasta confesional a su modo, por ende, ajena a sus convicciones.

El Padre de la Patria, hombre de espadas y no de levita, forzado por una herencia familiar y escolástica, bebe de las aguas que nutren al derecho divino de los reyes. Lo creo a pie juntillas. Los republicanos de 1811, entretanto se nutren de la constitución originaria de la Hispania, la goda, a cuyo tenor la nación puede revocarle su mandato y sustituir al monarca cuando se desentiende de sus obligaciones.

Sus palabras ante el Congreso de Angostura, dichas el 15 de febrero de 1810, reafirman su perfil

constitucional iliberal:

En las Repúblicas el Ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en las Monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo, porque todo conspira en favor del Monarca [...] El esplendor del Trono, de la Corona, de la Púrpura, el apoyo formidable que le presta la Nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma Dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los Reyes, son ventajas muy considerables que militan en favor de la Autoridad Real, y la hacen casi ilimitada. Estas mismas ventajas son, por consiguiente, las que deben conformar la necesidad de atribuir a un Magistrado Republicano, una suma mayor de autoridad que la que posee un Príncipe Constitucional.

Sea lo que fuere, la primera imagen de Picón Salas sobre nosotros es, entonces, la del cuero seco rural, asimétrico, hecho por un cuchillo gastado. Así describe y nos presenta a nuestra diversa y poliforme geografía. Pero le escuchaba decir a mis mayores que era Venezuela, justamente, ese cuero que se pisa por un lado y se levanta por el otro, es decir, la de un ser que busca su ser sin alcanzarlo o que se encuentra condenado al repetido «Mito de Sísifo» tras el trauma de su emancipación violenta y fratricida. ¡Es como querer renovar esa emancipación y a la vez enmendarla, en cadena, sin solución de continuidad, cada día, a cada hora, cada vez que nos molestamos con el gendarme de ocasión e innecesario!

Al resolver sobre nuestras cuestiones, por ende, las vemos los venezolanos como cosas de circunstancia – que eso han sido nuestras muchas revoluciones – y al término quedamos exhaustos, sin aliento vital, como si nada hubiésemos hecho, prisioneros de la inconstancia. Es lo adánico que menciono y es nuestra cultura de presente, con una historia que no se hace presente sin que su espíritu no deje de perturbarnos por instantes, según la opinión del fallecido rector Ernesto Mayz Vallenilla:

“A pesar de eso —he aquí la faz contradictoria del problema de Venezuela—, nuestro quehacer presente puro se enraíza en un pasado no-ausente por completo. De allí el permanente recomienzo existencial de lo venezolano”, escribe en su ensayo que lee en la Universidad Central, “Examen de nuestra conciencia cultural” (Caracas, 1955).

Carlos J. Rangel lo sabe y por ello escribe, para decirlo a su modo: «Sé lo que sientes y lo que estás pensando cuando hablas de nuestro futuro juntos y por siempre, pero, para mí, creer que la felicidad existió en un pasado fantástico y que regresará en un futuro imaginario solo nos ciega a nuestro presente posible, aquí y ahora”, nos dice en sus Mitos de nuestra humanidad, refiriéndose a la pureza.

Eudomar Santos nos diría, “como vaya viniendo vamos viendo”.

La otra imagen que nos aporta Picón Salas, sin decirlo así, se refiere a la de los artesanos de nuestra historia, a nuestras varias ilustraciones, la de 1810 o la de 1830, sobre todo la que se cuece en los años inaugurales de nuestro siglo XX, para servir con obsecuencia u oponerse al gendarme necesario; pero empeñadas, todas, en encontrar la conciencia y razón de nuestro presente,

invocando, sí, al pasado.

“La historia cumplió una urgente tarea de salvación”, dice don Mariano en su *Comprensión de Venezuela*, que publica en 1949. Y agrega que, “en horas de prueba o desaliento colectivo se oponía al cuadro triste de lo contemporáneo, el estímulo y esperanza que se deducía del pasado heroico e idealizado”. Pero no el de las luces, sino el de las espadas. Lo subrayo con énfasis, para alertar sobre lo actual y muy viejo, sobre la necesidad de encontrar, como lo intentase el presidente Edgard Sanabria en 1958, una síntesis armoniosa entre los extremos que han dañado a nuestra historia y mejor la explica esa metáfora o boceto del dilema aún no resuelto, entre civilización y barbarie, o entre el justo José María Vargas y el valiente de Pedro Carujo.

“Hallamos un Ejército receloso de los civiles y expuesto a la discordia interna. Procuramos hacer una amistad limpia que borrara las susceptibilidades (...) en beneficio de la paz doméstica [y] comenzamos a eliminar la desconfianza absurda por culpa de la cual se miraban como adversarios el civil lleno de presagios y el militar inficionado de prejuicios”, lo hace constar Sanabria ante el Congreso de la República, el 13 de febrero de 1959. Y no se trataba, como ya lo prevenimos, de alcanzar un sincretismo o la coexistencia de términos cabalmente irreconciliables.

Por lo que nos deja a mano, el consejo que nos extravió en el camino:

Lo importante, sin embargo, no es lo que se ha hecho, sino lo mucho que falta por hacer. Hacia el futuro dilátase un país que ha de ser gobernado con sabiduría, prudencia y bondad; que necesita de paz social y de transformaciones sustanciales en casi todos los órdenes de su existencia. La tarea, nada pequeña, compete a todos por igual, porque a todos atañe el rumbo que como Nación hemos de tomar hacia la conquista de una estabilidad republicana que acabe para siempre con las aventuras de toda especie que han ensombrecido nuestra historia y malogrado algunas de nuestras mejores posibilidades.

La labor de escribanía o de orfebrería de nuestra memoria acometida en una nación pendiente de amalgamarse —que nace descoyuntada y se forja en las localidades durante la colonia— y que es desmemoriada, por atada a la cultura de lo momentáneo, explica, en efecto, que el ser que no alcanzamos a ser lo busquemos con obsesión y tras cada asonada y cada frustración en un traficante de ilusiones. La vida, por ende, se nos reduce a lo épico cuando la tarea de construcción se nos hace compleja a los venezolanos, o no avanza al ritmo de nuestras urgencias personales.

Preferimos darle muerte a la razón o dejar que viva en su onírico sueño, mientras las élites nos construyen otros monstruos al detal, para desviarnos de la realidad que exige constancia, o dicho de manera exquisita, que nos demanda paciencia estratégica. Es la calma y cordura a la que igualmente nos invitó el presidente Eleazar López Contreras, en 1935, sobre el puente entre la república militar y la posibilidad de una república de partidos, que abortaron los extremismos del 18 de octubre de 1945, cuando los odios se volvieron a hacer generosos.

Ricardo Rafael Yleyassoff en su obra *El rey está siempre desnudo* (Buenos Aires, 2020), apunta

que “las personas – es nuestro caso – están más atentas a los signos exteriores que pueden traicionar sus emociones o sus intenciones – pensemos en la auto coronación de un Maduro del pasado 10 de enero, un ánima sola – que a lo que revela la propia voz, tan difícil de disfrazar, especialmente cuando somos tomados por sorpresa”.

¿Cómo no reparar, entonces y con sentido autocrítico, tejiendo y destejiendo para hilar hacia el porvenir sobre la base lo aprendido, en las dos cartas de signo trágico escritas por nuestro Libertador, hombre de delirios y de sueños oníricos, progenitor en yunta con Antonio Nicolás Briceño de nuestra Guerra a Muerte en 1813?

Cerrada la Campaña Admirable, Juan Bautista Arismendi mandó a fusilar por órdenes de Bolívar – en nada ayudó la mediación del arzobispo de Caracas – a 886 prisioneros españoles. Para engrosar su número añadió, inclusive, a los enfermos en el hospital de La Guaira (cerca de 500 a 1000 entre los días 13 al 16 del mismo mes). Era febrero de 1814. Maduro ordenó encarcelar a 2000 venezolanos que gritaron libertad, tras el 28 de julio.

En la primera carta dirigida a su tío y padrino Esteban Palacios el 10 de julio de 1825, Bolívar nos muestra a los venezolanos independientes, pero no libres. Gozábamos de la paz de los sepulcros. Había pasado un lustro desde la firma Tratado de Armisticio con el realista Pablo Morillo y ejerce aquél como encumbrado gobernante de la Gran Colombia. Avanza hacia el sur de América, desde donde construye su Constitución “monárquica” boliviana, como se la tilda desde Caracas y Bogotá, mientras que la saluda servilmente Antonio Leocadio Guzmán, padre del General Antonio Guzmán Blanco; y misma que lo separa de José Antonio Páez y de Francisco de Paula Santander, destronando a la Gran Colombia

“Usted dejó una dilatada y hermosa familia, ella ha sido segada por una hoz sanguinaria”, le dice don Simón a su tío Esteban. “Usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad: Y usted lo encuentra todo en escombros... todo en memoria...”.

La sentencia lapidaria del Padre de la Patria aún escuece, sobre todo mirándonos en la Venezuela del presente:

Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y los crímenes. ¿Dónde está Caracas? se preguntará Ud., Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad; y están cubiertas de la gloria del martirio”.

¿Será lo mismo que se habrá dicho, para sus adentros, desde La Habana, el penúltimo causahabiente, Hugo Chávez Frías, mientras que apegado en su memoria a la constitución boliviana de 1826 deja sucesor a dedo, en cabeza de su vicepresidente, el actual represor de la nación venezolana?

Lo veraz y preocupante, pues se vuelve máxima de la experiencia, es cuanto analiza Elías Pino Iturrieta tras la lectura de este fundamental documento, parteaguas histórico y que reedita el

significado entre nosotros del sueño onírico de la razón. No cesa, por lo visto y se actualiza y reactualizará mientras siga pendiente, más que redescubrir a la nación que somos, el tener nosotros, los venezolanos, una clara conciencia de nación.

En su artículo “La famosa carta de Bolívar a su tío” (2018), observa Pino lo siguiente:

“La carta refiere la aparición de unos «hombres feroces» en cuyas manos se perdieron las obras materiales y espirituales de los antepasados”.

Es el borrón y cuenta nueva. Es la aniquilación de todo espíritu liberal reformista y de todo recuerdo bueno o desdorado sobre lo venezolano, pues “ha saltado a la escena un protagonista desconocido cuyas reglas deben ser distintas de las habituales”.

¿Es el pasado que se nos devuelve y vuelve presente sin serlo? El académico de la historia, sin ambages, precisa su juicio: “La fractura del orden colonial ha creado un sujeto que vive de sus obras violentas sin sujetarse a las normas, viendo como sostiene la propia estrella personal en una perversa estrategia de sobrevivencia y ascenso”.

Al término de su vida se le abrirá a Bolívar la caja de Pandora. Sobre esta escribe Rangel con pertinencia, sin referirse al mismo:

Oscuros sentimientos, tristeza y miedo se apoderan de su voluntad, debilitando su espíritu. Las fuerzas implacables superan sus débiles intentos de someterlas a medida que desatan sobre el mundo el odio, el dolor, la enfermedad, el hambre, la guerra, la división, la discordia....

El desafecto en génesis del Padre Libertador, no obstante, ha lugar en él desde muy atrás, sobre los escombros de 1811, cuando vilipendia y traslada culpas a nuestra primera Ilustración civil y liberal, la integrada por los doctores egresados de la Pontificia Universidad de Caracas, llamada de Santa Rosa de Lima y del Beato Tomás de Aquino. Las curules de nuestro primer Congreso fundacional las ocupan estos, que no leen El Príncipe (1532) sino a Giovanni Botero, piemontés, el anti-Maquiavelo, autor De la razón de Estado (1599).

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno – sostiene el bisoño coronel que alcanzará más tarde la gloria suma como Libertador – sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. (“Manifiesto desde Cartagena”).

Manuel Bustos Rodríguez, director de la Real Academia Hispanoamericana española, en su prólogo a nuestra Génesis del pensamiento constitucional de Venezuela (Cádiz/Miami, 2018), enfatiza entretanto que se trata de “una Ilustración de calidad en Venezuela ..., constituida por nombres de relieve en la historia patria, intelectualmente formados, [por lo que, ... a] la vista de este hecho, convendrá advertir el profundo desconocimiento que de ellos (tal vez con la excepción de Francisco de Miranda) se tiene en Europa, donde viene imperando la idea de que no hubo otra Ilustración que la forjada por los nombres clásicos franceses (Diderot, Montesquieu, Voltaire,

Rousseau, etc.) y los británicos (Locke como preludio o Adam Smith)”.

Luego de su genial como heroica hazaña, inimaginable para nuestra contemporaneidad y sólo comprensible para la mitología, luego escribirá Bolívar al general Juan José Flores desde Barranquilla en la proximidad de su muerte, el 9 de noviembre de 1830. Será su respuesta a la noticia de la separación ecuatoriana de la Gran Colombia, que lo vuelve denuesto y desamor. Vive la hora nona, la del desprendimiento, la de la decepción del grande hombre que cultiva de modo agonal el poder y lo pierde, abandonado por los suyos. Repite la tragedia del Precursor.

Con el general Flores desbordará en sentimientos y se le vuelve huida; el mismo sentimiento de fatalidad que aún hoy nos acompaña cuando la inmediatez, el culto del presente, nos cerca y plantea nuevos desafíos a los venezolanos, sin aspiramos a enterrar al conjunto de nuestros mitos y ser, por vez primera, nación:

Ud. sabe que yo he mandado 20 años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos. 1°. La América es ingobernable para nosotros. 2°. El que sirve una revolución ara en el mar. 3°. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4°. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5°. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6°. Sí fuera posible que una parte del mundo volviera al caos- primitivo, este sería el último período de la América.

Como se trata de mitos y de mitos sin utopías por paralizantes, y es eso lo que intenta transmitirnos con sus páginas Carlos J. Rangel, he de decir, de manera epilogar, que junto al citado «Mito de Sísifo» y por razón de este, como del «Mito de El Dorado» – igual origen de nuestros males – que escandaliza a don Andrés Bello y le hace celebrar, en 1810, el malogramiento de nuestras minas, los mal llamados liberales de nuestro siglo XIX paradójicamente optan por volver al pensamiento de El Libertador.

Lo hacen para justificar lo que tanto criticase el mismo, en su misiva citada para Flores. El asunto es que Venezuela, como en el tiempo de la conquista, se ha vuelto el botín de los chopos de piedra. Páez, que gobierna cuando se le endilga a Bolívar la responsabilidad por nuestras desgracias desde el Congreso de Valencia, doce años más tarde lo regresará a la patria, hecho cadáver y con honores sumos.

El positivismo se encargará de hacer apología de su obra. Necesita apalancar a la larga dictadura del general Juan Vicente Gómez. Laureano Vallenilla Lanz se inspira en las obras previas escritas sobre Napoleón Bonaparte para dar a luz, en 1919, a su Cesarismo Democrático. Pocos recuerdan que ya circulaban en Paris los textos de Jean Gaume (*Le césarisme /VI. La Revolution, 1856*), M. Jordeuil (*Du césarisme en France, 1870*), y Joseph Ferrand (*Césarisme et démocratie, 1904*).

Otra vez se encorseta al pensamiento de nuestras élites y contra esa corriente avanzan, desde las aulas universitarias y hasta que conquistan la democracia civil a mediados del siglo XX, los padres del Pacto de Puntofijo (1959). Empero, ¿son prisioneros del dualismo intelectual producto de

nuestra misma historia y por ende sincréticos? No lo creemos.

Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt y Rafael Caldera le abren espacios generosos a la democracia y la libertad, rebelándose contra el padre bueno y fuerte, el gendarme necesario, sin dejar de ser cultores de lo bolivariano. Como Sanabria son cuidadosos a la hora de integrar a las levitas con las espadas, para no herir el ícono que sigue amalgamando al mundo castrense y le transversaliza, por ser la columna de la estabilidad institucional, bajo dictaduras y dictablandas y a lo largo de la democracia de partidos. Incluso ahora, cuando a las dictaduras y a la democracia se las ha sustituido, desde inicios del siglo corriente, por una suerte de Estado criminal.

Eran conscientes aquellos, incluso así, del deber de cerrarle el paso al protagonista de la violencia, subrayado por Pino Iturrieta. Y es el mismo personaje que, tras un sino vuelve a emerger levantisco desde los cuarteles, pasados 30 años, a partir de 1989, y que degenera – reparemos de nuevo en lo dicho por Pino – en un régimen o en un hombre «feroz»: “un sujeto que vive de sus obras violentas sin sujetarse a las normas, viendo cómo sostiene la estrella personal”.

¿Qué habíamos dejado atrás, producto de una larga decantación de 300 años de hispanidad, haciendo posible ese revés que se vuelve a prorrogar hasta el presente? Esa es la pregunta que debemos hacernos, en el presente y en su incertidumbre.

En libro *La mano de Dios, huellas de la Venezuela Extraviada*, de 2020, doy cuenta de nuestros reseteados 300 años de existencia como españoles americanos, y en *La conciencia de nación: Reconstrucción de las raíces venezolanas*, que es el trabajo de incorporación que leo en 2022 ante la Academia de Mérida, dejo trazas o líneas muy gruesas al respecto. Mas la respuesta de cada venezolano ha de ser íntima, como en los particulares, hasta que encontremos todos una síntesis como concepto y en valores, en lo universal y con propósito constituyente.

Los 300 años que al término reivindica el propio Bolívar en su carta memorable de 1825 a su tío Esteban Palacios – ¿suerte de confesión sin arrepentimiento? – decantan, “para los españoles de ambos hemisferios”, según el primer artículo de la Constitución de Cádiz de 1812, en una genuina conciencia liberal.

Ese mencionado primer artículo de la Constitución, adoptada el 19 de marzo de 1812, día de San José y por lo mismo conocida como *La Pepa*, es tributaria del constitucionalismo originario de la Hispania goda, de suyo extraña y negadora del derecho divino de los reyes.

A ella se refiere Rangel en su exégesis del vocablo Petrificado: traición, o el nacimiento de las naciones. Cita a *La Pepa* adoptada por las Cortes Generales y Extraordinarias reunidas en el mencionado puerto andaluz, objeto de mi devoción intelectual entre 2000 y 2012. Entre otras, véase, *Libertades y emancipación en las Cortes de Cádiz de 1812* (2010).

“Pasaré [Miranda, nuestro Precursor] el resto de sus días en prisiones españolas, y finalmente en Cádiz, donde intentó infructuosamente apelar su caso ante las Cortes (parlamento) establecidas bajo la constitución liberal española apodada ‘*La Pepa*’”, escribe Carlos.

No podía ser de otro modo, pues en Mitos de nuestra humanidad da, a partir de esa referencia, con la clave de nuestro desvarío onírico en la hora de la renuncia a la idea de patria que nos legara uno de nuestros padres fundadores de levita, el ilustrado Miguel J. Sanz: “Hemos de ser libres, como debe serlo”.

1812, por lo visto, constituye un año trágico para la historia de la primera república venezolana, la de 1811. Ese año, según lo analiza el historiador peruano Jorge Paredes Muñante, las fuerzas patriotas son derrotadas por las realistas al mando de Domingo Monteverde y ello obliga a nuestro Precursor a firmar la Capitulación de San Mateo, el 25 de julio de 1812.

“Este acontecimiento produce un golpe de Estado contra Miranda liderado por Simón Bolívar, el 31 de julio, y por una serie de traiciones la entrega de Miranda a los realistas y con ello su muerte militar y política”, escribe Paredes.

Se ha dicho o se nos dice, repetidamente, que nuestra primera constitución, la de 1811, era un calco de los modelos entonces dominantes, el federal americano y su nutriente ideológica francesa. Pero debo decir que eso es cierto sólo para la configuración de su boceto, de su estructura formal o andamiaje. Sus carnes o contenidos son de hechura propia. Son hijas de nuestra adhesión al pensamiento liberal español, el mismo que residía en Cádiz desde 1810 y que adopta, en el citado 1812, la primera constitución liberal de Occidente.

Las enseñanzas de esta alcanzarán al constitucionalismo de Rusia y no sólo al de Italia y Portugal, al de México y centro-américa, y al de la América del Sur de la que hacemos parte. Sus fuentes eran propias. Hacían residir la soberanía en la nación, que no es patrimonio de ninguna familia ni persona y cuyos reyes podían ser revocados cada vez que se separasen del bien de sus gobernados, es decir, los dejasen de protegerla, como lo dice La Pepa, “por leyes sabias y justas”.

En el congreso que deliraba, según el credo bolivariano, al construir repúblicas aéreas, las luces de sus parlamentarios debatieron a fondo – consta sobradamente en la prensa de la época, que ya ilustraba a los venezolanos – sobre las cuestiones propias de la democracia liberal, tal como la entendían y les daba parentela a nuestra Ilustración fundadora con los legisladores gaditanos.

En esa Caracas se discutía sobre sobre el pacto constituyente y la representación popular; acerca del *Uti Possidetis Iuris*, la imparcialidad de los jueces, la transparencia y rendición de cuentas, la unidad democrática federal; sobre democracia y derechos del hombre, proscripción de la tortura, derogación de la infamia trascendente, otorgamiento de indultos, y en cuanto a la moderna independencia de poderes y el control de constitucionalidad y legalidad de los actos de estos.

¿Qué decía Miranda, a diferencia de Bolívar, desde su cárcel, una vez como se encuentra tras las rejas en Puerto Rico y a la espera de ser conducido hasta La Carraca de Cádiz, donde morirá víctima de la felonía de sus subalternos?

Demanda el Precursor, textualmente, que se observe y ejecute la nueva Constitución española, ya promulgada y jurada, en toda Venezuela. ¿Y por qué lo pedía? Veamos in extensu su argumentación, firmada el 30 de junio de 1813 en la prisión de la plaza de Puerto Rico:

Mi adhesión a la libertad civil y política de los hombres es notoria, me parece, de muchos años a esta parte y, por lo tanto, me congratulo y doy las debidas gracias a V. M. por el inestimable servicio que ha conferido con la nueva Constitución a toda la nación española. Yo me considero en el día como uno de los españoles libres que sinceramente desean el triunfo y prosperidad de la verdadera libertad en ambos mundos, y tanto cuanto me desviaba antes del antiguo opresivo sistema, tanto más me acerco ahora al presente; en cuyo supuesto sufro pacientemente estas vejaciones y trabajos, que considero como otros tantos esfuerzos hechos en favor de la libertad, contra el genio arbitrario y díscolo de los que pretenden servirla sin entenderla, o que son tan limitados que equivocan los verdaderos hijos y defensores de ella con los secuaces serviles del despotismo [...] Hablo con ingenuidad, señor, y por el conocimiento íntimo que tengo de aquellos pueblos; las circunstancias del día han cambiado totalmente el estado de la cuestión; hoy queremos todos, europeos y americanos, ser libres e iguales en derechos; pues ¿por qué no nos unimos y reconciliamos prontamente? La causa debe de estar en los que mandan vejan y oprimen, en despecho de lo que disponen las Cortes y la sabia Constitución, que debe hoy, más que nunca, protegernos, consolar y reunir.

Qué nos escribe y nos deja, en fin, Carlos J. Rangel al apelar a la inteligencia, y no dejar que la razón duerma y que tampoco se separe de la razón de humanidad, como la demanda Miranda:

Algunas de las leyendas de Prometeo dicen que, aun cuando él fue quien creó la forma humana modelando barro a semejanza de los dioses (como ocurre en todo mito de creación), fue Atenea, la diosa de la sabiduría, quien con su aliento trajo el barro a la vida. Esta es una parte interesante e intrigante del mito porque contiene dos ideas. La primera es que Prometeo, un dios titán del viejo orden del universo, hace alianza con el nuevo orden del universo, una diosa del Olimpo, para crear a la humanidad.

Otra historia, distinta de la que les narro, se nos ha escrito y se nos reescribe a los venezolanos tras cada circunstancia, como para que cada causahabiente nuestro se sienta libre de imponer la propia. Lo hizo el general Guzmán Blanco, que se mostraba como reencarnación de Bolívar, pero situado en Suiza; al punto de que nos da una Constitución copiada del mundo helvético, la de 1881, y la de este la impone como estudio obligatorio a los venezolanos, dos años antes (Constitución Federal de la Confederación Suiza, del 29 de mayo de 1874, Caracas, 1879).

Eso hicieron, asimismo, los autores de la Revolución de las Reformas, que le dan impulso franco a la radical oposición entre la civilidad y el militarismo en Venezuela, no presente en 1811, y le abren paso al tiempo dictatorial de los Monagas. Lo pretenden la Guerra Federal y el mismo Guzmán Blanco, tanto como Cipriano Castro y Gómez, que encabezan la Revolución Liberal Restauradora, a la que sucederá la Revolución de Octubre con sus secuelas, hasta 1958.

Seguirá el reseñado intersticio civil de Puntofijo hasta la corriente Revolución Bolivariana, cuyo carácter ominoso –el de ésta– lo predijo el tribuno Jorge Olavarría, en su discurso del 5 de julio de 1999:

Si los venezolanos nos dejamos alucinar por un demagogo dotado del talento de despertar odios y atizar atavismos de violencias, con un discurso embriagador de denuncia de corruptelas presentes y heroicidades pasadas, el año entrante Venezuela no entrará en el siglo XXI. Se quedará rezagada en lo peor del siglo XX. O retornará a lo peor del siglo XIX”.

En suma, para ir concluyendo, repito lo que ya dije en el proemio de mi citado libro Génesis del pensamiento constitucional de Venezuela:

Venezuela no tendrá siglo XXI si no se reconcilia con ella misma y redescubre su auténtico ser, su partida de nacimiento que, como lo creemos, habla de civilidad y virtudes republicanas, es patrimonio intelectual de lo venezolano, y es diferente del acta de adopción forjada por quienes esgrimen las leyes de la barbarie —léase del centralismo autoritario, del paternalismo, del patrimonialismo, del culto de la historia bélica, del perdón a los felones cuando son partidarios— con las que se nos gobierna a lo largo de casi dos centurias, con sus citados paréntesis o respiros, que concluyen en un rotundo fracaso. Es vital, en suma, el reencuentro con nuestra constitución originaria o primitiva.

Mitos de nuestra humanidad nos alecciona y hace presente al valor eminente de nuestra soberanía popular, redescubierta como mandato y símbolo de la nación tras las experiencias electorales inéditas de 2023 y 2024. Es la que debemos de preservar ante el «canto de las sirenas», que es la crítica al sistema político y de sociedad que nos impide cumplir nuestro agonal propósito de ser nación y una nación libre, insisto.

Es cierto que los incidentes provocados por nuestros mitos representan una elección dentro de la historia nuestra, que no una fatalidad o destino inevitable. Ocurre, sí, diría Pérez Vejo, “una larga cadena de sucesivas resurrecciones que enmiendan la siempre fracasada anterior” y que ve a la nación que no llega a ser “no como proyecto de futuro sino como venganza del pasado”. En esa nos encontramos. Esa es la cuestión que nos interpela, a los venezolanos, los de afuera y los de adentro.

Rindo, en fin, mi cálido homenaje al esfuerzo intelectual de Carlos J. Rangel, un liberal racional y con alma, y a los artistas que alalimón se han sumado a su libro.